



“No se olviden de rezar por mí”

Con profundo dolor y pena, hemos conocido la noticia del fallecimiento de nuestro querido Papa Francisco en la mañana del lunes de Pascua. La coincidencia de la muerte del Papa con la Pascua del Señor nos invita a vivir esta grave pérdida con sentimientos de fe y de esperanza cristiana. Francisco nos ha enseñado, con sus gestos sencillos y sus escritos, a vivir siempre desde la esperanza. Desde la alegría del Evangelio hasta el cuidado de la creación, desde la fraternidad sin fronteras hasta la fe que ilumina las noches del hombre, todo desembocaba en un horizonte de confianza en el mañana que Dios nos tiene preparado. No es una casualidad que el pasado 24 de diciembre abriera el Año Santo eligiendo como tema del Jubileo la esperanza. El lema es “Peregrinos de esperanza” y la bula de convocación lleva por título “*Spes non confundit*” (Rm 5, 5). La esperanza es un signo que hoy permanece como testamento espiritual entregado a la Iglesia y al mundo.

Su “venida desde casi del fin del mundo” para guiar la Iglesia ha traído un soplo de aire fresco y de renovación, que ha inspirado también el camino de nuestra Iglesia diocesana. La elección del nombre Francisco marcó desde el inicio su pontificado, inspirándose en el Santo de Asís, en su amor por los pobres y por la creación, testimoniado con tantos gestos inolvidables.

En estos años no ha dejado de denunciar el rearme, de plantear la cuestión de la paz, de buscarla con todas sus fuerzas, empezando por invitarnos a rezar por la paz con gestos increíbles. En el tradicional mensaje del Domingo de Pascua las palabras del Papa resonaron con muchísima fuerza: “La luz de la Pascua nos invita a derribar las barreras que crean división y están cargadas de consecuencias políticas y económicas. Nos invita a hacernos cargo los unos de los otros, a acrecentar la solidaridad recíproca, a esforzarnos por favorecer el desarrollo integral de cada persona humana”. Esta ha sido, realmente, una lección extraordinaria.

En este momento de dolor, mientras lo confiamos a la misericordia del Padre, recogemos su legado espiritual y su ejemplo de vida, comprometiéndonos a proseguir con mayor fuerza el camino que nos ha indicado: el de la fraternidad universal, el de la reforma de la Iglesia desde la comunión que se hace sinodalidad, el de la apertura al mundo, el del cuidado de los últimos y de la casa común y el del anuncio gozoso del Evangelio.

Su muerte el lunes de Pascua y en el corazón del Año jubilar nos recuerda que, como discípulos de Cristo resucitado, también nosotros estamos llamados a ser mensajeros de esperanza. El Papa Francisco vivió y predicó esta esperanza hasta el final, dejándonos no sólo enseñanzas sino sobre todo el ejemplo de una vida entregada enteramente al servicio de Dios y de la humanidad. Personalmente, llevo en el corazón el recuerdo agradecido de haberme llamado al ministerio episcopal y de haberme confiado esta querida Iglesia que peregrina en Osma-Soria, así como los diversos encuentros con él en los que siempre vi a un Pastor preocupado por el Pueblo de Dios.

Habrà muchos recuerdos, muchas oraciones, muchas lágrimas: en este momento quisiera transmitir a todos la certeza de la gracia que el Señor nos ha ofrecido en la persona y en la misión realizada por el Papa Francisco y la profunda gratitud por la indescriptible dedicación con la que se ha acercado a esta humanidad herida y, sobre todo, a los pequeños y a los pobres, anunciando y testimoniando la alegría del Evangelio.

Cualquiera que lo haya escuchado, aunque haya sido sólo durante el Ángelus dominical, recordará su petición sencilla pero conmovedora: “Por favor, no se olviden de rezar por mí”. En su breve testamento espiritual ha dejado escrito: “Que el Señor dé una merecida recompensa a quienes me han amado y seguirán rezando por mí” Acojamos ahora esta petición con filial gratitud, encomendando su alma a la bondad misericordiosa del Padre. Pido, por ello, a todas las parroquias y comunidades religiosas que recen por él, agradecidos por el don que ha sido para la Iglesia, para nuestra Diócesis de Osma-Soria y para el mundo entero, y con la esperanza de que desde el cielo seguirá velando por todos nosotros.

Os bendice vuestro Obispo,

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma - Soria